

EL CENTRO HISTÓRICO CAPITALINO, REFERENCIA ESENCIAL DE MÉXICO



Foto: Cortesía

Guillermo Tovar y de Teresa

La antigua Ciudad de México es un espacio que ha sido transformado en muchos momentos de nuestra historia.

En sus inicios fue un lugar mítico, el sitio donde el águila mordería a la serpiente sobre un tunal o “árbol de corazones”, la señal que indicaría a los primeros mexicanos dónde deberían de establecerse para situarse tras una larga peregrinación, procedentes de un sitio remoto.

En ese lugar se edificaría una “Ciudad Estado” lacustre, grandiosa y exótica, que dejaría deslumbrados a los conquistadores españoles, quienes no atinarían a compararla sino con Constantinopla. En ese lugar sería devastada la magnífica y singular urbe mesoamericana, por la guerra de Conquista y la depredación que los españoles realizarían para dejarla convertida en escombros. En ese lugar, sería construida la ciudad del conquistador, el señor de la guerra occidental, quien desde su casona, levantada en el islote, contemplaría la inmensa plaza asoleada y el inmenso

lago que la bordeaba. En ese lugar, el primer virrey de Nueva España realizaría la utopía en una ciudad ideal, no vista desde la antigüedad grecolatina. En ese lugar, quedaría anegada y ahogada esa ilusión, luego de la terrible inundación de 1629. En ese lugar, se restauraría la urbe que sus habitantes y literatos considerarían la barroca Atenas del Nuevo Mundo. En ese lugar, se formaría la ciudad más importante del decadente Imperio Español en el Nuevo Mundo, con calles de tierra y piedra, bautizadas con los títulos de sus leyendas y sucesos; suntuosos templos y enormes conventos de frailes y monjes, hospitales y colegios, y palacios magníficos, emblemáticos de la grandeza que le daría renombre.

En esa ciudad, el segundo Conde de Revillagigedo, un virrey criollo de origen habanero, intentaría realizar de nuevo un conjunto urbanístico moderno, de una grandeza mayor a la de la capital del Imperio en Europa, que no logró, pero no por ello dejaría de asombrar a sus viajeros. En esa ciudad se

pasearía Alejandro de Humboldt, el sabio alemán, quien en la primera década del siglo XIX dijera:

“México debe contarse sin duda alguna entre las más hermosas ciudades que los europeos han construido en ambos hemisferios. A excepción de Petersburgo, Berlín, Filadelfia y algunos barrios de Westminster, apenas existe una ciudad de aquella extensión, que pueda compararse con la capital de Nueva España”.

Esa ciudad sería convertida en cuartel y campo de batalla en los años anteriores al triunfo de la República (1867) y sólo a partir de entonces recobraría su grandeza y esplendor, como aquel que hizo para ella el Presidente Porfirio Díaz, quien al final de su mandato la dejaría convertida en una urbe de primera magnitud.

En los años veinte del siglo XX, habría un verdadero culto por la capital. Libros, revistas, novelas y toda clase de referencias nos dejarían retratada y descrita aquella magnífica ciudad. Era la ciudad que, de haberla conocido, se hubiera enamorado Walter Benjamin, el paradigmático “paseante” urbano del siglo XX. Los años treinta aportarían obras mayores concluidas que le darían esplendor y modernidad, pero también atentados brutales: las ampliaciones y aperturas de avenidas, como la de 20 de Noviembre y la de Pino Suárez, para lo cual serían arrasados centenares de antiguos edificios.

Hasta que llegaron los años cuarenta con el afán de disminuir su alma al trasladar su vida intelectual y espiritual a otro espacio distante, para transformar su “barrio universitario” en una ciudadela estudiantil al sur de su centro. En esa época se inicia su decadencia y su condena.

De eso, pocos años después, la intentarían redimir José Iturriaga y su generación de empresarios y amigos, cosa que no se logró frente a la estulticia de un virrey de la pretensión que hizo la “Nueva Grandeza Mexicana”, aludiendo a la ciudad que cantara Balbuena en el siglo XVII y ahora alabara su cronista contemporáneo, Salvador Novo, notable escritor y poeta, empleado por ese burócrata autoritario que intentaría destruir algunas calles suyas, cometido que no logró, pues a partir de entonces surgirían nuevas generaciones de personas responsables, empeñadas en el rescate de la gran capital, que se opusieron a sus actos de barbarie.

Es esa vieja ciudad, en los sesenta del siglo XX, fue objeto de “remodelaciones”, como ocurrió en sus

plazas, donde en una de ellas quedó la huella de un arquitecto falsificador del pasado, que reconstruyó la portería del antiguo convento de Santo Domingo, demolida en 1861, levantando una edificación desproporcionada y grotesca.

En los setenta y ochenta, la vieja ciudad fue objeto de un nuevo intento por rescatarla. Fueron los años de los descubrimientos arqueológicos del antiquísimo “Templo Mayor”, que dieron origen a demoliciones y reconstrucciones que le dieron una nueva fisonomía. Pero en 1985, en el año del terremoto que sacudió a la zona centro de la ciudad, fue que la capital fue arruinada nuevamente, con el apoyo de las autoridades que decidieron abandonar los trabajos de rescate llevados a cabo hacía pocos años antes.

Entonces surgieron grupos de la sociedad civil, formados por un nutrido grupo de intelectuales y amantes de la vieja ciudad, que llevaron a cabo actividades diversas, como festivales y publicaciones. Me refiero a la Sociedad de Amigos del Centro Histórico, convocada por el que esto escribe, en 1983.

Sin embargo, el gran impulso que ahora recibe el rescate de nuestra antigua capital fue propuesto por el gran empresario Carlos Slim, quien posee la visión, la sensibilidad y la conciencia de darle nuevo esplendor a la ciudad elogiada por el sabio Humboldt hace 200 años, en los albores del siglo de nuestra Independencia. No hay mejor manera de dejar una gran huella conmemorativa de los grandes sucesos que nos transformaron como nación, que devolverle vida a nuestra vieja capital, corazón de México, “árbol de corazones” de todos los mexicanos que nos tutelamos como escudo nacional, en el signo emblemático que señaló su fundación. Slim, convocando al Presidente de la República, Vicente Fox; al Jefe de Gobierno de entonces, Andrés Manuel López Obrador; al Cardenal Norberto Rivera; al periodista y cronista ya casi decano de nuestra ciudad, Jacobo Zabłudovsky, y al autor de estas líneas, en mi calidad de Cronista Emérito de la Ciudad de México, logró devolver las miradas de mexicanos y extranjeros en el rescate de la ciudad. Diez años cumple el inicio de este noble impulso unificador, de realizaciones materiales constantes, de reposición de valores y alcances, en torno a ese lugar mítico, histórico y revitalizado ahora, que es nuestro Centro Histórico mexicano.